Revista Agustiniana 175-176 (2017) 23-40

EL "PADRE NUESTRO" EN SAN AGUSTÍN

Jaime García Álvarez, OSA

De todos los Padres de la Iglesia es San Agustín quien con mayor frecuencia ha comentado el *Padre Nuestro.* Nos ha dejado ocho exposiciones completas y más de una veintena parciales [1].

Ahora bien, cuando San Agustín comenta el *Padre Nuestro* no lo hace como el teólogo que se entrega a investigaciones teóricas, sino como el Pastor que se ocupa y preocupa de explicar su sentido para que los fieles logren orar y orar bien. Enseña a decirlo cada día porque el *Padre Nuestro* ha de ser "la oración cuotidiana de nuestra salvación" *(En. Ps.* 103, 1, 3). El *Padre Nuestro* es "el bautismo diario para los pecados que hacemos a lo largo del día" *(S.* 213, 9).

Por otra parte, sus diferentes exposiciones responden a circunstancias muy concretas, circunstancias que, por otra parte, nos es preciso conocer ya que son ellas las que nos permiten conocer el verdadero sentido de sus comentarios.

Las exposiciones de San Agustín toman como texto de base *Mt* 6, 9-13. Este texto pertenece al Sermón de la Montaña. Después de haber hablado de la limosna, de la vanagloria, de la abundancia de palabras en la oración, Jesús nos propone como modelo de oración el *Padre Nuestro.* El *Padre Nuestro* forma parte integrante de los preceptos del Señor y, por lo mismo, es una obligación, un mandato del Señor: "Pero ya es el momento de con-

[1] Comentarios completos del *Padre Nuestro*: *S. dom. m.* II, 4, 15-10, 37; *Ep.* 130 a *Proba,* 11, 21; *S.* 56, 57, 58 et 59; *Ench.* 30, 115-116; *Dono pers.* 3-13.

Commentarios parciales: *Ench.* 2, 7, 19, 71, 73. 78. 115; *Ep.* 157, 2; *En. Ps* 103, I, 19; 142, 17; *S.* 17, 5; 135, 7; 181, 6; 211, 3; 228, 3; 229, 3; 261, 10; 39; *Ciu.* 19, 27; 21, 27; *C. ep. Parm.* 2, 10,20; *Pecc. mer.* 2, 4; *Perf. just.* 18-19; *Nupt. et concup.* 1, 38; *C. Jul* 2, 6; *C. Ilu. Imp.* 2, 212.

siderar qué es lo que nos ha mandado pedir en la oración aquel que nos enseñó también lo que hemos de pedir y por el cual conseguimos lo que pedimos" *(S. dom. m.* 2, 15).

El *Padre Nuestro*, las Bienaventuranzas y los dones del Espíritu Santo

A finales del invierno o a comienzos de la primavera del 391 Agustín, aún joven sacerdote, toma un tiempo libre para dedicarse al estudio de la Sagrada Escritura. En el 393 hace su primera exposición exegética sobre el Nuevo Testamento: *De Sermone Domini in monte.* Esta exposición se centra en *Mt* 5-7 y en ella realiza la síntesis de la ascensión espiritual del alma hacia Dios. Es el versículo 7 del *Salmo 11* quien le da la idea de poner en relación las Bienaventuranzas, las peticiones del *Padre Nuestro* y los dones del Espíritu Santo:

> "Esto es lo que dije anteriormente que había sido significado por el profeta en los salmos cuando dijo: *Pondré toda mi confianza en Él. Los dichos del Señor son puros, plata refinada en el crisol y siete veces refinada (Ps* 11,6-7). Por esto, este número siete me advierte que también estos preceptos se relacionan con aquellas siete sentencias que el Señor expresó al principio del sermón, al hablar de las bienaventuranzas y con las siete operaciones del Espíritu Santo que enumera el profeta Isaías" *(S. dom. m.* 2, 87).

Los escalones de esta ascensión del alma hacia la contemplación de Dios Agustín los reduce a siete. Pone, por consiguiente, en relación las siete Bienaventuranzas ya que la octava la considera como una síntesis de todas las otras, con las siete peticiones del Padre Nuestro (San Agustín habla de siete peticiones en lugar de seis según el texto de Mateo) y con los siete dones del Espíritu Santo (*Is* 11,2-3). El número siete es para Agustín expresión de plenitud o de totalidad (*Io. ev. tr.* 122, 8). El medio para acceder a la contemplación de Dios es por consiguiente la realización de las Bienaventuranzas. Y es la presencia o la acción del Espíritu Santo quien nos permite realizarlas. He aquí por qué nos es preciso pedir al Espíritu Santo que nos otorgue sus dones y lo hacemos precisamente mediante la oración del *Padre Nuestro.*

> "En efecto, si el temor de Dios es el que hace bienaventurados a los pobres de espíritu porque de ellos es el reino de los cielos: pidamos que sea santificado entre los hombres el nombre de Dios con el temor cas-

to, que permanece por los siglos de los siglos. Si la piedad es la que hace bienaventurados a los mansos, porque ellos poseerán la tierra, pidamos que venga su reino, ya sea a nosotros mismos para que nos amansemos y no le resistamos, ya del cielo a la tierra con la gloria del advenimiento del Señor, en el cual nos alegraremos y conseguiremos la gloria, porque él dice: *Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino que os ha sido prometido desde la creación del mundo;* pues *en el Señor,* dice el profeta, *se alegrará mi alma; oigan los humildes y se alegrarán* . Si es por la ciencia por la que son felices los que lloran, porque ellos serán consolados, oremos para que se haga su voluntad así en el cielo como en la tierra, porque cuando el cuerpo, como tierra, se conforme con el espíritu, como cielo, con suma y completa paz, nosotros ya no lloraremos; porque no hay otra razón para que lloremos en esta vida, sino cuando entre ellos, el cuerpo y el espíritu, luchen y nos fuercen a decir: *Veo que hay en mis miembros una ley que resiste a la ley de mi espíritu* , y a confesar nuestra aflicción con voz de llanto: *¡Oh, qué hombre tan infeliz soy!; ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte* . Si la fortaleza es la que hace que sean bienaventurados los que tienen hambre y sed de la justicia, roguemos que el pan nuestro de cada día se nos dé hoy para que, fortalecidos y sustentados por él, podamos llegar a aquella completísima hartura. Si el consejo es el que hace bienaventurados a los misericordiosos, porque ellos alcanzarán misericordia, perdonemos las deudas a nuestros deudores, y oremos para que se nos perdonen nuestras deudas. Si el entendimiento es el que hace que sean bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios, oremos para que no caigamos en la tentación, para que no tengamos un corazón doble, no ordenando todo al verdadero bien al cual dirigir todas nuestras acciones, sino persiguiendo al mismo tiempo los bienes temporales y los eternos. La tentaciones, en efecto, que provienen de las cosas, que parecen a los hombres molestas y desastrosas, no tienen poder sobre nosotros, si no lo tienen las que provienen de los halagos de aquellas cosas que juzgan los hombres convenientes y dignas de regocijo. Si es la sabiduría la que hace bienaventurados a los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios, pidamos que seamos librados del mal, pues la misma liberación nos hace libres, esto es, hijos de Dios, para que con el espíritu de adopción clamemos: *¡Abba, Padre!" (S. dom. m.* 2, 38).

Agustín hace una exposición suficientemente amplia de cada una de las peticiones del *Padre Nuestro,* haciendo resaltar siempre su relación con las Bienaventuranzas y con los dones del Espíritu Santo. Es cierto que algunas veces fuerza esta relación sobre todo cuando habla de la tercera, de la sexta y de la séptima petición. Lo más importante de esta exposición es que San Agustín abre la oración del *Padre Nuestro* al Espíritu Santo.

El *Padre Nuestro* y el deseo de Dios

Muy diferente es la exposición que hace del *Padre Nuestro* en la *Carta 130.* Esta carta está dirigida, hacia el año 412, a *Amicia Faltonia Proba.* Proba pertenecía a la rica familia de los *Anicii:* esposa de Sexto Claudio Petronio Probo. Quedó viuda poco después del 388. En el 410 abandona Italia, en ruinas, después que Alarico entró en Roma y se embarcó para África. Se estableció en Cartago y, encerrada en la celda de un monasterio, llevó una vida de ascesis. Entra en relación con Agustín y le escribe una carta interrogándole sobre la oración. Agustín le responde hacia el 412 con una amplia carta, la *Carta 130.* Esta carta es la exposición más completa y más sistemática que Agustín hace sobre la oración. Es cierto que el comentario sobre el *Padre Nuestro* no ocupa gran espacio en esta *Carta 130* (*Ep.* 130, 21), pero su comentario posee unas características de gran interés teológico y espiritual.

Esta carta sobre la oración está dirigida, por consiguiente, a una viuda. En ella Agustín no se detiene sobre el puesto que ocupaban las viudas en la Iglesia ni sobre sus obligaciones, sino que él llama nuestra atención sobre el sentido de este estado dentro de la comunidad cristiana. Las viudas tenían una gran misión dentro de la Iglesia: eran símbolo de la Iglesia de este mundo e igualmente de cada cristiano. Manifiestan la tensión escatológica hacia la Iglesia del cielo.

La viuda se define por la búsqueda de consolación, es decir, por el deseo de felicidad. Ahora bien, el verdadero consuelo no hay que buscarlo en las cosas de este mundo, sino en la unión con Dios. Es solo Dios quien puede colmar nuestro deseo de felicidad. La viuda cristiana ha de buscar su consuelo únicamente en Dios.

> "Debes, pues, por el amor de la vida verdadera, considerarte desolada en el siglo, sea cualquiera la felicidad que te envuelva. En conformidad con aquella vida verdadera (en cuya comparación esta que tanto se ama, por muy alegre y larga que sea, no merece el nombre de vida) es también verdadero el consuelo que el Señor promete por el profeta, diciendo: *Le daré un consuelo verdadero, paz sobre paz.* Sin ese consuelo, en todos los otros consuelos más se encuentra desolación que consolación" *(Ep.* 130, 3)

La condición de cada cristiano es, pues, en cierta medida, la condición misma de las viudas, y no solo de cada cristiano, sino igualmente la de toda la Iglesia.

> "El alma que comprende que se halla desprovista de todo auxilio fuera del de Dios, es viuda. ¿Cómo describe el Apóstol a la viuda? *La que verdaderamente es viuda y ha quedado sola, esperó en el Señor.* Trataba de las viudas a las que todos designamos viudas en la Iglesia. También dijo: *La que se entrega a los placeres, viviendo, está muerta;* pero a ésta no la contó entre las viudas. Pincelando a las viudas santas, ¿qué dice? *La que verdaderamente es viuda y ha quedado sola, esperó en el Señor y persiste en súplicas y oraciones noche y día. A* continuación añade: *La que se entrega a los placeres, viviendo, está muerta.* Luego ¿por qué es viuda? Porque no recibe auxilio de ninguna parte sino sólo de Dios. Las mujeres que tienen varones se ensoberbecen por el apoyo de ellos; las viudas parecen abandonadas, y, sin embargo, es más potente su apoyo. Luego toda la Iglesia es una viuda, ya en los varones o en las mujeres; ya en los casados o en las casadas; ya en los adolescentes, en los viejos o en las vírgenes. Toda la Iglesia es una viuda, abandonada en el mundo, si percibe, si conoce su viudez; pero entonces tiene a la mano el socorro" *(En. Ps.* 131, 23).

Agustín reflexiona sobre la oración y, de forma aún más concreta, sobre el *Padre Nuestro* dentro de este contexto. El *Padre Nuestro* es expresión clara de nuestro deseo de felicidad. En efecto la palabra *desiderium/desiderare* está presente a lo largo de toda esta *Carta 130.* El deseo es la orientación del alma hacia una realidad que aún no poseemos o, de forma más concreta, la orientación del alma hacia la Patria del cielo. Agustín dirá:

> "Tu deseo es tu oración, y si continuo es tu deseo, continua es tu oración. No en vano dijo el Apóstol: *Orad sin interrupción (1 Thes* 5, 17*).* Pero ¿acaso nos estamos arrodillando, o postrando o levantando las manos, para cumplir su mandato: *Orad sin interrupción?* Porque si decimos que nuestra oración es así, creo que no lo podemos hacer sin interrupción. Hay otra oración interior no interrumpida, que es el deseo. Hagas lo que hagas, si estás deseando aquel sábado, no interrumpes tu oración. Si no quieres interrumpir la oración, no interrumpas tu deseo. Tu deseo continuado es tu voz continuada. Callas si dejas de amar. [...] El frío del amor es el silencio del corazón; el ardor del amor es el clamor del corazón. Si el amor permanece siempre, estás clamando siempre; y si clamas siempre, estás deseando siempre" (*En. Ps.* 37, 14).

> La oración es un diálogo íntimo con Dios. Pero la oración es un diálogo que compromete todo nuestro ser. Por esto San Agustín no limita la oración a un momento dado. Aunque hay ciertamente momentos fuertes de oración, es en todo momento cuando hay que orar. La oración es la vida de nuestra vida, el grito más profundo de nuestro ser. Ella es la expresión de nuestra verdad más profunda. Y ello porque el hombre

> es imagen de Dios. Pero la imagen no tiene realidad en sí misma. No es sustantivo, sino genitivo, *ser-de*. La verdad de la imagen reside en la perfección de la relación a su modelo. El hombre está, en lo más profundo de su ser, orientado hacia Dios: "Nos has hecho orientados hacia ti" (*Conf.* 1, 1, 1). Es esta orientación lo que constituye el "peso del alma", su amor, su deseo. Somos lo que es nuestro amor, dice San Agustín: "Cada cual es según es su amor. ¿Amas la tierra? Eres tierra. ¿Amas a Dios? ¿Qué puedo decir? ¿Qué serás Dios? No me atrevo a decirlo por mi propia autoridad. Escuchemos las Escrituras: *Yo dije: dioses sois e hijos del Altísimo todos*" (*Ep.Io. tr* 2, 14). "Une tu corazón a la eternidad de Dios y, con él, serás eterno" (*En. Ps.* 91, 8).

Este deseo de Dios es la expresión de nuestra verdad, de la imagen de Dios que somos. Y en esto consiste precisamente la oración.

> "Si no quieres interrumpir la oración, no interrumpas tu deseo. Tu deseo continuado es tu voz continuada. Callas si dejas de amar. [...] El frío del amor es el silencio del corazón; el ardor del amor es el clamor del corazón. Si el amor permanece siempre, estás clamando siempre" (*En. Ps.* 37, 14).

El deseo más profundo, más radical de nuestro ser es el deseo de la felicidad, de la vida feliz. Pero la única y verdadera felicidad es Dios mismo. A Proba le dice:

> "Puedo decírtelo todo en dos palabras: pide la vida bienaventurada. Todos los hombres quieren poseerla, pues aun los que viven pésima y airadamente no vivirían de ese modo si no creyesen que así son o pueden ser felices. ¿Qué otra cosa has de pedir, pues, sino la que buscan los buenos y los malos, pero a la cual no llegan sino sólo los buenos?" (*Ep.* 130, 9).

Todo su comentario sobre el *Padre Nuestro* está fundamentado sobre este deseo del Reino de Dios. Las peticiones del *Padre Nuestro* no son más que diferentes formas de este deseo que nos habita en profundidad. Por esto dice: "No has de pedir otra cosas que lo que se encuentra aquí expresado" (*S.* 56, 4).

Agustín insiste en esta carta sobre otro aspecto del *Padre Nuestro*: la función de las palabras en la oración. Las palabras en la oración no son necesarias para informar a Dios, sin embargo ellas nos ayudan a ser conscien-

tes de lo que pedimos al Señor, a discernir nuestros verdaderos deseos. Si hablamos a Dios es para purificar nuestros deseos y, a la vez, ampliarlos.

> "De entrada, nuestro Señor suprime la palabrería, para que no presentes a Dios muchas palabras, como si quisieras enseñarle algo con ellas. Por tanto, cuando le elevas tu oración, necesitas afecto filial, no palabrería. *Sabe vuestro Padre de qué tenéis necesidad antes de que se lo pidáis.* Por tanto, no habléis mucho, dado que él sabe lo que necesitáis. Más para evitar que, llegados aquí, alguien diga: «Si sabe ya lo que necesitamos, ¿no sobran hasta las pocas palabras? ¿Para qué orar? Él sabe lo que necesitamos: que nos lo dé». Pero él quiso que orases para darte sus dones cuando los desees, a fin de que no te parezca sin valor lo que te haya dado, puesto que es él mismo quien te ha inspirado ese deseo. Así, pues, las palabras que nuestro Señor Jesucristo nos enseñó en la oración son el modelo de lo que hay que desear. No te es lícito pedir otra cosa distinta de lo que en ella está escrito." (*S* 56, 4).

El *Padre Nuestro* es una verdadera escuela de oración. Con él oramos y, a la vez, aprendemos a orar. Las peticiones que se encuentran formuladas en él son la luz que nos permite discernir lo que pedimos y lo que tenemos que evitar de pedir.

> "Todas las demás palabras que digamos, ya las que formula el fervor precedente hasta adquirir conciencia clara, ya las que considera luego para crecer, no dicen otra cosa sino lo que se contiene en la oración dominical, si es que rezamos bien y apropiadamente. Y quien dice algo que no quepa dentro de esta oración evangélica, ora carnalmente, aunque no ore ilícitamente. Y aun no sé cómo puede ser lícito, cuando los renacidos en espíritu no han de orar sino espiritualmente. [...] Si vas discurriendo por todas las plegarias de la santa Escritura, nada hallarás, según creo, que no esté contenido y encerrado en la oración dominical. Por eso hay libertad para repetir en la oración las mismas cosas con diversas palabras; pero, en cambio, no hay libertad para decir distintas cosas" (*Ep* 130, 22).

El *Padre Nuestro* nos invita a la verdad, a nuestra verdad. Para vivir, tenemos necesidad ciertamente de bienes materiales para el cuerpo, pero necesitamos igualmente de la Palabra de Dios y de la Eucaristía para nuestro espíritu. Tenemos necesidad del perdón de Dios para vivir en unión con él y con los hermanos. Tenemos necesidad de su ayuda en medio de los peligros de la vida. El *Padre Nuestro* no deja de lado ninguna de las diferentes necesidades de nuestra vida.

> "Las cuatro últimas peticiones son necesarias para la vida cuotidiana; las tres primeras para la vida eterna; pero unas y otras ternemos que decirlas en esta vida para llegar a la otra" (*S.* 58, 12).

El *Padre Nuestro* quiere que, sin cesar, retornemos a nuestro verdadero deseo, desprendiéndonos de todas las falsas necesidades.

> "Hay muchos que piden lo que no deberían, por desconocer lo que les conviene. En consecuencia, quien invoca a Dios debe precaverse de dos cosas: de pedir lo que no debe y de pedirlo a quien no debe" (*S.* 56, 2).

Las peticiones del *Padre Nuestro* son «diferentes formas de este deseo» que nos habite en profundidad. Por esto "no has de pedir otra cosa que lo que allí se encuentra expresado" (*S.* 56, 4). Ahora bien, lo que allí se encuentra expresado es esencialmente Dios. Por esto "no pidáis pues a Dios más que a Dios solo" (*En Ps* 33, 2, 9).

El *Padre Nuestro* una oración de esperanza

Unos años más tarde, hacia el 421, y bajo la petición de *Laurentius*, Agustín escribe su obra *De fide, spe et caritate.* En este libro, bajo la forma de un manual (*Enchiridion*), intenta dar "una definición sucinta de las formas de honrar a Dios" (*Ench* 1, 2). Ahora bien, los verdaderos resúmenes de la doctrina cristiana son el Símbolo de la fe y el Padre Nuestro. Escribe este *Enchiridion* inspirándose en San Pablo, 1 *Cor* 13, 13, y a la luz de las tres virtudes teologales: la fe, la esperanza y la caridad. Es de sumo interés el constatar que realiza el comentario del Padre Nuestro precisamente a propósito de la esperanza. En este comentario desarrolla y amplía la exposición del Padre Nuestro que había hecho con anterioridad en la *Carta 130.*

El deseo de orar se fundamenta en la esperanza en el Señor. Dios es el único que colma y puede colmar la sed de vida feliz de nuestro corazón y, por el hecho mismo, él es el único objeto de nuestra esperanza. Ahora bien este deseo se expresa con toda perfección en las peticiones del *Padre Nuestro.* El *Padre Nuestro* nos remite a nuestro verdadero deseo de felicidad purificándonos de todos los falsos deseos. Cuando decimos el *Padre Nuestro* no le pedimos a Dios más que Dios mismo.

> "Más de todas las cosas que fielmente han de ser creídas, sólo aquellas que se contienen en la Oración dominical pertenecen a la esperanza.

> [...] Por consiguiente, sólo a Dios debemos pedir todo aquello que esperamos para obrar bien y para conseguir el fruto de las buenas obras" (*Ench.* 114).

En el momento de hacer el análisis de las peticiones del *Padre Nuestro* San Agustín llama nuestra atención sobre lo que esperamos obtener de Dios, sobre el objeto de nuestra oración.

> "Y así, en aquella vida eterna donde esperamos vivir por siempre, la santificación del nombre de Dios, su reino y voluntad santísima permanecerán perfecta y eternamente en nuestro espíritu y en nuestro cuerpo. Pero el pan ha sido llamado cotidiano porque aquí es necesario, pues ha de ser concedido al alma y a la carne, ya lo entendamos espiritualmente, ya materialmente, ya de uno y otro modo. Aquí, donde se verifica la perpetración de los pecados, se halla también la remisión, que pedimos, de. los mismos; aquí están las tentaciones, que nos solicitan o nos inducen a pecar, y, finalmente, el mal del que queremos ser librados; mas allí, en la vida eterna, no existirá ninguna de estas cosas" (*Ench.* 115).

El *Padre Nuestro* y el don de la perseverancia

Casi al fin de su vida, hacia el 428/429, Agustín recibió dos cartas que le dirigieron sus discípulos Hilario y Próspero (*Ep.* 225-226). Estos habían intervenido en diversas discusiones sobre la gracia que provocaba, en la Provenza, la doctrina de San Agustín. Agustín responde a estas cartas con un libro: *Ad Prosperum et Hilarium de sanctorum praedestinatione libri duo.* Desde el siglo IX los dos libros de esta obra se presentan con títulos diferentes y como si fuesen obras distintas: *De praedestinatione sanctorum, De dono perseverantiae.* En *De dono perseverantiae,* 7-15 Agustín hace un amplio comentario del Padre Nuestro y lo hace siguiendo de cerca el *De oratione dominica* de san Cipriano que, por otra parte, él se lo había explicado a los monjes de Adrumeto (*Ep.* 215, 3). En este comentario Agustín afirma que en el *Padre Nuestro* no pedimos más que el don de la perseverancia:

> "O ¿es que no le pedimos a Él esta perseverancia de que venimos tratando? Al que esto diga, ya no tengo que refutarlo con mis razones, sino abrumarlo con los testimonios y afirmaciones de los santos. ¿Hay, acaso, alguno de éstos que no pida continuamente a Dios la perseverancia, cuando al recitar la oración dominical no se hace otra cosa que pedir dicha dádiva divina?" (*Don. pers.* 3).

Y Agustín hará el comentario de las diferentes peticiones del *Padre Nuestro* a la luz de la perseverancia en la santidad. Con este comentario pretende, a la vez, afirmar su doctrina sobre la gracia frente a los pelagianos.

> "Consecuencia de todo lo dicho es que, aunque no tuviéramos otras autoridades y documentos probativos, nos bastaría esta oración dominical en pro de la causa de la gracia, porque no nos ha dejado nada de qué gloriarnos como de cosa nuestra, cuando afirma que es Dios sólo el que puede hacernos la gracia de que no le abandonemos y que a Él se lo pidamos. Esto de ninguna manera depende de las fuerzas del libre albedrío humano en el estado actual después de la caída" (*Dono pers.* 13)

Este comentario de San Agustín nos muestra, por otra parte, que en África había tres fórmulas del Padre-Nuestro o, de una forma más concreta, tres formulaciones diferentes de la petición: "No nos dejes caer en la tentación". Tertuliano escribe: "*ne nos inducas in temptationem*" (De *Oratione,* 8, 1) y, San Agustín, en esta obra *De dono perseverantiae,* dice: "Por ende, cuando decimos a Dios: 'No nos induzcas en tentación' *(Ne nos inferas in tentationem),* ¿qué otra cosa pedimos sino que no nos deje caer en ella? Por esto hay quien dice, y en muchos códices está escrito, como lo pone el beatísimo Cipriano: 'No permitas que caigamos en tentación" *(ne patiaris nos induci in tentationem);* sin embargo, en el evangelio griego siempre vi 'no nos induzcas en tentación" *(ne nos inferas in tentationem)* (*Dono pers* 6, 12).

El *Padre Nuestro* es la oración de los hijos de Dios

Tenemos aún otros cuatro comentarios de San Agustín sobre el *Padre Nuestro.* Son comentarios bajo forma de sermones o de homilías dirigidos a los catecúmenos (Ser 56-59). En África, el *Padre Nuestro* estaba integrado en la liturgia del bautismo. Antes de recibir el bautismo en la noche de Pascua, los catecúmenos recibían *(traditio)* el *Padre Nuestro* el sábado que precedía a la sexta semana de cuaresma. Una semana después, el sábado santo, antes de la vigilia pascual, tenían que recitar el *Padre Nuestro* en público *(redditio).* Esta proclamación en público del *Padre Nuestro* no era oración, porque el *Padre Nuestro* es la oración de los hijos, y los catecúmenos solo lo serán después de recibir el bautismo. "¿Cómo podrá decir Padre nuestro aquel que aún no ha nacido"? (*S.* 56, 5). Será después de recibir el bautismo, durante la celebración de la eucaristía, cuando ellos lo rezarán por primera vez, en unión de toda la asamblea.

Con ocasión de la entrega del *Padre Nuestro (traditio)* San Agustín hace, con suma frecuencia, su comentario, tratando así de completar la formación de los catecúmenos. Estos comentarios son la síntesis final de la enseñanza recibida a lo largo de la cuaresma. Para San Agustín el *Padre Nuestro* es el resumen de todo el Evangelio. Por esto es preciso comprenderlo en unión con el Credo o Símbolo: uno ofrece lo que hay que creer, el otro la forma de orar. Los dos están íntimamente unidos.

> "Habéis recibido primero el símbolo, para saber qué habéis de creer, y luego la oración, mediante la cual conocer a quién habéis de invocar. Al símbolo, por tanto, le corresponde la fe; a la oración, la súplica, puesto que quien cree es escuchado cuando invoca [al Señor]" (*S.* 56, 1).

San Agustín une el conocimiento de la fe y la oración. En él no hay teología que no sea orante y oración que no sea teológica. En sus comentarios llama la atención de los catecúmenos sobre la unión que existe entre la fe tal cual se expresa en el Símbolo y la oración del *Padre Nuestro* y, a la vez, sobre la unión que ha de existir entre vida y oración.

Jesús no quiso ser solo

El *Padre Nuestro* es la oración de Jesús. Si la comparte con nosotros es para que sea igualmente nuestra oración. Nos es necesario orar el *Padre Nuestro* con Jesús y tal como él oraba. Por esto, para rezar y rezar bien el *Padre Nuestro* nos es necesario, en primer lugar, reconocer a Dios como nuestro Padre, al igual que Jesús lo reconocía, hasta llegar a llamarle "*Abba*", Padre.

> "Con este nombre se inflama la caridad, pues ¿qué puede ser más querido para los hijos que el padre? Cuando llaman los hombres a Dios: *Padre nuestro*, se aviva el afecto y cierta presunción de obtener lo que debemos pedir, puesto que antes de pedir algo hemos recibido un don tan grande, que nos atrevamos a decir a Dios: *Padre nuestro*. ¿Que no va a conceder a los hijos que piden, habiéndoles otorgado ya antes el ser hijos?" (*S. dom. m.* 2, 16).

Para orar con perfección es necesario igualmente estar habitados, poseídos por el mismo Espíritu de Jesús. Dios nos ha llamado para que seamos hijos a imagen de su Hijo único, y lo seremos en la misma medida en que el Espíritu de Jesús habite en nosotros e inspire nuestra vida.

> "Como sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama ¡Abba, Padre!" (*Gal* 4, 6). La verdadera oración es por consiguiente es una oración filial. Agustín dice: "Puesto que no hay oración justa si no se hace por mediación de Cristo [...], la oración que no se hace por intermedio de Cristo, no sólo no puede borrar el pecado, sino que ella misma se convierte en un pecado" (*En.Ps.* 108, 9). Y precisa aún más: "El Hijo de Dios, nuestro Señor Jesucristo, nos enseñó la oración. [...] el mismo Cristo el Señor es el Hijo único de Dios, no quiso ser único. Es el único y no quiso ser único: se dignó tener hermanos. Son aquellos a quienes ordena: *Decid: Padre nuestro que estás en los cielos* ¿A quién quiso que llamáramos padre, sino a su mismo Padre? [...] Pensemos, amadísimos, de quién comenzamos a ser hijos, y vivamos cual conviene a quienes tienen tal Padre. Ved que nuestro Creador se ha dignado ser nuestro Padre" (*S.* 57, 2).

Exigencia de la comunidad eclesial

Si todos tenemos un mismo Padre, todos somos igualmente hermanos y tenemos que vivir como hermanos. Es el mismo Espíritu quien nos hace llamar a Dios Padre y el que hace que nos reconozcamos como hermanos, perteneciendo todos a una misma familia. Orar exige por consiguiente vivir la vida fraterna en toda su verdad. Es dentro, en el interior de la comunidad cómo tenemos que orar siempre, en el Cristo Total, Cabeza y Cuerpo. La oración no es verdadera a no ser que sea eclesial. Por esto, y explicando que es preciso orar en el templo de Dios, Agustín dice: "Orar en el templo de Dios, es orar en comunión con la Iglesia; en la unidad del Cuerpo de Cristo" (*En. Ps.* 130, 1).

Si la dimensión fraterna está ausente de nuestra vida, la oración deja de ser verdadera.

> "La oración empieza así: *Padre nuestro que estás en los cielo.* Hemos hallado un Padre en los cielos; veamos cómo hemos de vivir en la tierra, pues quien ha hallado un Padre así debe vivir de manera tal que sea digno de alcanzar su herencia. Pero *Padre nuestro* lo decimos juntos. ¡Qué condescendencia! Lo dice el emperador y lo dice el mendigo; lo dice el siervo, lo dice su amo. Uno y otro dicen: *Padre nuestro que estás en los cielos.* Por tanto, reconozcan que son hermanos, puesto que tienen un único Padre (*S.* 58, 2).

Santificado sea tu nombre

En esta petición, oramos, al menos aparentemente, por Dios mismo. Y, sin embargo, en realidad oramos por nosotros mismos: le pedimos a Dios que su perfección habite en nosotros, que nos otorgue la gracia de ser perfectos como Él es perfecto (*Mt* 5, 48). La oración es necesaria no a Dios, sino a nosotros. Lo que le pedimos a Dios no es otra cosa que Dios mismo, es decir, la vida bienaventurada hacia la que tienden nuestros deseos:

> "*Santificado sea tu nombre.* El nombre de Dios que pides que sea santificado ya es santo. ¿Por qué lo pides, si ya es santo? Además, cuando pides que sea santificado su nombre, ¿no das la impresión de rogar a Dios por él mismo y no por ti? Entiéndelo; ruegas también por ti. Esto es lo que pides: que lo que siempre es santo en sí, se haga santo también en ti. ¿Qué significa *sea santificado?* Sea tenido por santo, no sea despreciado. Ves, pues, que, cuando deseas eso, deseas un bien para ti. Si despreciaras el nombre de Dios, el mal sería para ti, no para él" (*S.* 56, 5).

Venga a nosotros tu reino

Esta petición no la hacemos por Dios, ya que Dios reina siempre y en todas partes. En ella únicamente expresamos nuestro deseo de Dios: "Despertamos nuestro deseo de Dios, para que venga a nosotros y que merezcamos gozar de él" (*Ep.* 130, 21). Le pedimos que nos ayude a desarrollar el reino de Dios en nosotros, que lo haga crecer en nuestra vida:

> "Deseamos que venga a nosotros; deseamos ser hallados en él. Que vendrá es un hecho; pero ¿de qué te aprovechará si te encuentra a su izquierda? Luego también aquí deseas un bien para ti y oras por ti mismo. Esto deseas, esto anhelas al orar: vivir de tal manera que formes parte del reino de Dios que se otorgará a todos los santos. Por tanto, cuando dices: *Venga tu reino,* oras por ti para vivir santamente. Pertenezcamos a tu reino: llegue también para nosotros lo que ha de llegar para tus santos y justos" (*S.* 56, 6).

Hágase tu voluntad

"¿Qué quiere decir *Hágase tu voluntad?* Sea mi vida tal que no resista a tu voluntad. Por tanto, también aquí oras por ti y no por Dios" (*S.* 56, 7). Entre Dios y el hombre existe una relación no de poder, sino de amor,

de amistad. La ayuda y el respeto mutuo son la base y el fundamento de toda verdadera amistad ver. Lo que aquí le pedimos al Señor es realizar la experiencia de su amistad, sentirnos amados de Dios y saber responder a este amor con toda libertad y amor. Somos conscientes de que por nosotros mismos somos incapaces de hacer su voluntad. Solamente con su ayuda podremos cumplirla. Es esto lo que pedimos cuando decimos, *hágase tu voluntad*: "Le pedimos para nosotros la misma obediencia, para que cumplamos su voluntad, como en el cielo la cumplen sus ángeles" (*Ep.* 130, 21). Y San Agustín precisa aún más su pensamiento: "Te sirven los ángeles en el cielo, sirvámoste nosotros en la tierra. No te ofenden los ángeles en el cielo, tampoco lo hagamos nosotros en la tierra. Como ellos hacen tu voluntad, hagámosla también nosotros" (*S.* 58, 4).

El pan nuestro de cada día dánosle hoy

El pan que pedimos es ciertamente el alimento de cada día. El pan es la expresión de todos los bienes materiales necesarios para la vida: trabajo, alojamiento, salud. "Cada día vivimos, cada día nos levantamos, cada día sentimos sed, cada día sentimos hambre. Que Dios nos dé el pan de cada día" (*S.* 58, 5). Pero el pan es también el alimento necesario para nuestro espíritu: la Palabra de Dios y la Eucaristía. Jesús mismo nos ha dicho: *No solo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios* (*Mt* 4, 4). Tenemos que ser "mendigos de Dios" (*S.* 56, 9) para pedirle este doble alimento. Y he aquí el comentario de Agustín:

> "Puesto que este pan visible y tangible lo da Dios a buenos y malos, existe un pan cotidiano que piden los hijos: la palabra de Dios que se nos otorga día a día. Nuestro pan es cotidiano: de él vive los espíritus, no los vientres. Es necesario también para nosotros, que trabajamos ahora en la viña; es alimento, no recompensa" (*S.* 56, 10). "La Eucaristía es nuestro pan de cada día, pero es preciso recibirlo de tal forma que alimente nuestra alma. Ahora bien, la virtud propia de este alimento es la de producir la unidad y una unidad tal que, unidos al Cuerpo de Cristo, siendo sus miembros, seamos lo que recibimos" (*S.* 57, 7).

Perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos

Esta petición es la que con más frecuencia comenta San Agustín, quizás porque su conversión no cesaba de estar presente en su espíritu o porque los pelagianos creían obtener el perdón de sus pecados por sí mismo, con

la fuerza de su voluntad. Todos tenemos necesidad de ser perdonados a causa de nuestros pecados o al menos de nuestras fragilidades y de nuestras torpezas:

> "Quienes mueren nada más ser bautizados, sin duda alguna suben a Dios, sin duda alguna emprenden el camino hacia él. Quienes después de bautizados siguen en esta vida, debido a su fragilidad mortal contraen algo que, aunque no llegue a provocar el naufragio, conviene, no obstante, que sea achicado. Porque si en una nave no se achica el agua, poco a poco penetra la cantidad que la hará hundirse del todo. Esto es orar: achicar el agua. [...] Así, pues, aunque por el lavado de la regeneración se nos perdonaron todos los pecados, nos hallaríamos en grandes apuros si no se nos otorgase una purificación cotidiana mediante la santa oración" (*S.* 56, 11-12).
>
> "Y añadimos: "*Como nosotros perdonamos*". El verdadero perdón exige el identificarnos con Dios, tener un corazón lleno de misericordia a ejemplo de su corazón. Se trata de cumplir el mandato de Jesús: "*Sed misericordiosos como vuestro Padre es misericordioso*" (*Lc* 6, 36). La verdad de nuestra oración se verifica en el perdón que otorgamos a los que nos han ofendido. "Digamos, pues, día a día: *Perdónanos nuestras deudas como también nosotros perdonamos a nuestros deudores*; digámoslo con corazón sincero y hagamos lo que decimos. Se trata de un compromiso, un pacto, un acuerdo con Dios. El Señor tu Dios te dice: 'Perdona y te perdono. ¿No has perdonado? Eres tú quien te pones contra ti mismo, no yo' [...]. Tenéis enemigos; ¿quien vive en esta tierra sin tener ninguno? Mirad por vosotros: amadlos. El enemigo que se ensaña contra ti en ningún modo te puede dañar más de lo que te dañas a ti mismo, si no lo amas. Él puede causar daño a tu quinta, a tu ganadería, a tu casa, a tu siervo, a tu sierva, a tu hijo o a tu mujer, o, como máximo, si se le concediera ese poder, a tu cuerpo; ¿acaso tan grande como el que causas tú a tu alma? [...] Ora también tú contra la maldad de tu enemigo; muera ella, y viva él. Pues si llega a morir tu enemigo, te parecerá haberte quedado sin enemigo, pero tampoco habrás hallado un amigo. Si, en cambio, muere su maldad, has encontrado también un amigo" (*S.* 56, 13-14).

Y NO NOS DEJES CAER EN LA TENTACIÓN

La petición anterior hacía referencia a las ofensas pasadas, ésta nos orienta hacia el porvenir y le pide al Señor la perseverancia en la lucha, la resistencia en medio de las dificultades de la vida. Conscientes de la fragilidad de nuestra voluntad para ser fieles a nuestras decisiones, con

toda humildad, pedimos la ayuda del Señor: "Perdónanos los pecados cometidos y concédenos no cometer otros. Pues todo el que cae vencido en la tentación comete pecado" (*S.* 58, 9).

Esta gracia nos es indispensable ya que si nosotros no contamos más que con nosotros mismos, seremos irremediablemente vencidos. He aquí como Agustín se expresa ante los futuros bautizados:

> "En el santo bautismo, en efecto, se os van a perdonar los pecados; una vez regenerados, permanecerán, no obstante, las malas apetencias contra las que tendréis que luchar. Dentro de vosotros queda una batalla. No hay que temer a ningún enemigo exterior: véncete a ti, y el mundo está vencido [...]. Vence dentro de ti lo que sientes. Lucha, combate: quien te ha regenerado es tu juez; te organizó el combate, prepara la corona. Si incluyes en la oración: *No nos abandones a la tentación,* se debe, sin duda alguna, a que caerás vencido si él no viene en tu ayuda, si él te abandona" (*S.* 57, 9).

Y LÍBRANOS DEL MAL

Esta petición es inseparable de la anterior, con la cual, en realidad, no forma más que una misma: *"Líbranos del mal* puede formar un todo con la petición anterior [...]. Librándonos del mal no nos abandona a la tentación; al no abandonarnos a la tentación, nos libra del mal" (*S.* 57, 10).

Si pedimos el Señor que nos libre del mal, es porque somos plenamente conscientes de que la vida bienaventurada aún no está presente entre nosotros. "Cuando decimos *y líbranos de mal,* nos invitamos a pensar que no estamos aún en aquel lugar bueno en que no padeceremos mal alguno" (*Ep.* 130, 21). Estamos sumidos en una lucha y le pedimos al Señor que venga en nuestra ayuda. El mal es el demonio mismo, sus tentaciones, los obstáculos de nuestra concupiscencia, los engaños del mundo:

> "Yo te doy también un consejo: desprecia la avaricia; que no te corrompa el dinero; cierra la puerta a la tentación y echa el cerrojo, el amor de Dios. Pero ¿quién puede hacerlo sino quien recibe ayuda de aquel al que oramos? A los hombres se les tienta de diversas maneras: se les tienta con favores, se les tienta con amenazas, de modo que quien no consigue seducir a otro corrompiéndolo, lo seduce amenazándole. Pero el hombre anclado en Dios y a quien Dios escucha cuando le dice: *No nos abandones a la tentación* vence tanto los amores como los temores indebidos. Así, pues, también en esta vida nos es necesario pedir no ser

> abandonados a la tentación, puesto que aquí hay tentaciones, para ser librados del mal –dado que aquí existe el mal–" (*S.* 59, 8).

***

El *Padre Nuestro* manifiesta lo que somos y lo que tenemos que ser. En ella se realiza con claridad lo que Agustín no cesa de pedir al Señor: "O Dios que eres siempre el mismo, haz que yo me conozca, haz que yo te conozca" (*Sol.* 2, 1).

En esta oración realizamos la verdad de nosotros mismos. Por esto el cristiano no debe sustituirla por ninguna otra, aunque si puede orar empleando otras palabras. El *Padre Nuestro* es la oración fundamental, la única, por esto Agustín invita a los catecúmenos a que le den toda la importancia en sus vidas.

> "No orarás si no recitas esta plegaria. Si empleas otra, Dios no te oirá, porque no es la que te prescribió el Legislador enviado por él. Es necesario, pues, que cuando oramos con nuestras palabras, lo hagamos conforme a esta oración, y cuando estamos pronunciando nuestras palabras, entendamos bien lo que decimos, porque Dios quiso que fuese bien clara. Si no oráis, no tendréis esperanza. Y si oráis de una forma distinta a la que nos enseñó el Maestro, no seréis escuchados. Si en la oración mentís, no obtendréis lo que pedís. Luego, se ha de orar y decir la verdad; y hay que orar tal cual él nos enseñó (*En. Ps.* 103, 1, 19).

jaimegarcialavarez@yahoo.es